

Una fanfiction sobre el grupo del momento

— LUCÍA R —

mi
CORAZÓN
es solo para
Harry

Una entrada perdida,
el concierto de mi vida
y un amor inesperado.

 Planeta

Lucía R

Mi corazón es solo para Harry

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lucía R, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2015

Depósito legal: B. 20.459-2015

ISBN: 978-84-08-14584-4

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Romanyà

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE GENERAL

Antes de empezar	
La historia de mi vida	9
Capítulo 1 La mejor canción de todas	25
Capítulo 2 Un lío tras otro	35
Capítulo 3 Muy fuerte	47
Capítulo 4 Melanie Maravilla	59
Capítulo 5 Me gusta la castaña	65
Capítulo 6 Esas pequeñas cosas	77
Capítulo 7 La locura	91
Capítulo 8 Conectados con el mundo	101
Capítulo 9 Con el culo al aire	111
Capítulo 10 El enigma de la mariposa	119
Capítulo 11 ¿Dónde está el amor?	129
Capítulo 12 Me enamoro hasta los lunes	143
Capítulo 13 Me enamoré de un <i>walking dead</i>	157
Capítulo 14 Dime	167

Capítulo 15	Miedo escénico	179
Capítulo 16	Pachanga de la buena	191
Capítulo 17	Lo peor está por venir	201
Capítulo 18	La inesperada	215
Capítulo 19	¡LOL!	223
Capítulo 20	En la red	229
Capítulo 21	Apagón total	241
Capítulo 22	Fin del combate	251
Capítulo 23	La sota de copas	263
Capítulo 24	Mi corazón es solo para Harry	273

CAPÍTULO 1
LA MEJOR CANCIÓN DE TODAS

1
—

Dicen que si una mañana, por descuido, te quedas más de dos minutos mirándote al espejo, te la estás jugando. De pronto empezarás a darte cuenta de que los rasgos de tu imagen se van desdibujando poco a poco. Hasta que, en vez de la somnolienta cara de siempre, con más granos de los que quisieras, ¡zas!, comienzan a surgir en el cristal los rasgos de una diablesa con hocico de oveja y cuernos de cabra.

Pero ya lo he demostrado infinidad de veces: eso no es más que una de las muchas leyendas urbanas inventadas por las madres para que dejes el cuarto de baño libre cuanto antes.

De hecho, creo que aquel día extraño y maravilloso fue el primero en que me levanté treinta minutos antes de la hora, y no después. Pues bien: serían las nueve de la mañana cuando empecé a mirarme en el espejo y las diez menos cuarto cuando acabé, y en todo ese tiempo no hubo oveja ni

cabra alguna que se me asomara. Aunque es cierto que de vez en cuando llegaban a mis orejas unos balidos lejanos. Gritos de mi madre ordenándome que abriera de una vez la puerta.

Lo más difícil de todo fue dar con el atuendo ideal para el concierto. No sé en quién estaría pensando yo la noche anterior, pero el caso es que me había preparado una mezcla de prendas negras y vaqueras, todas tan viejas y rotas que daban el pego de carísimas, de las que desde el primer día parece que llevas años sin quitarte. La idea era llenarme los tobillos y las muñecas de pulseras plateadas y brazaletes de cuero con tachuelas, y colgarme al cuello infinidad de collares del mismo estilo. Pero el resultado final fue decepcionante. En vez de una *grunge-fashion*, parecía una emo en un tenderete callejero de bisutería barata.

Probé de nuevo haciéndome dos trenzas en las sienes, me pinté de rosa los labios, me embutí dentro de unos leggins de rayas horizontales de colores chillones y un vestido de florecitas minúsculas verdes y amarillas. Efectivamente: justo lo que quería. Toda una chica manga.

Pero había un problema. Con esa pinta parecía una niña, y no lo que soy.

De *anime*, nada: me desanimé completamente.

Así que, después de llorar durante veinte minutos, hice con toda esa ropa una pelota, la metí debajo de la cama y me dije: «A ver, Luchi. No tienes

que seducir a las multitudes. Vístete para quien tu corazón te pida. Vístete solo para Harry».

Y entonces se me encendió una de esas absurdas bombillas al lado de la cabeza. Me cambié los leggings por otros listados, con rayas verticales blancas y negras, me puse encima una camiseta top con todas las fases de la luna fotografiadas y me calcé unas zapatillas rojas para disimular, pero metí en una bolsa de plástico unos botines negros de mi madre que me tiene absolutamente prohibidos a mí aunque calzo su mismo pie. ¡De pura rabia que le da ser casi ya una abuela!

Cuando estaba lista, volví al espejo, me lavé la cara y esta vez solo me pinté de rojo los labios y me perfilé los ojos rematando con rabillo negro hasta las cejas. Cogí la riñonera que me regaló Candela. Guardé dentro la entrada, las llaves y el móvil, y mi monedero blanco, horrible, con esas fresitas rojas que llevaba dibujadas. Pero, bueno, no tenía otro. Al menos, la riñonera, que era lo que se veía, es preciosa, verde.

Antes de salir, revolví toda la casa hasta que encontré una bolsa lo suficientemente guay para que no me estropeará el conjunto. Tenía que llevar a la escuela unos botes de pintura que mi madre me había prestado sin saberlo. Le sobran. Es pintora.

Estaba claro: si por casualidad Harry se topaba conmigo, como en una de las escenas de mis novelas, iba a quedarse sin voz para el concierto.

No eran aún ni las diez de la mañana cuando salí de casa. Me puse los botines en el portal y dejé las zapatillas metidas a presión en el buzón. Nada más pisar la calle me vino una ráfaga de viento a la cara. Me dio mala espina, porque en internet ponía, desde hacía una semana, que iba a hacer un tiempo perfecto, pero tampoco me pareció grave: el cielo estaba azul como el pelo de mi querida Candela. No había peligro de lluvia. ¡Con eso era más que suficiente!

Y me diréis: ¿pero qué rayos hacías saliendo de casa a esas horas? ¿Semejante madrugón en pleno mes de julio, en vez de dormir hasta la una como hace en vacaciones cualquier persona normal?

No. Que nadie se equivoque. No iba a una academia a recuperar asignaturas suspendidas. Esta vez lo había aprobado todo. Más me valía. La amenaza con la prohibición de ir al concierto si suspendía una sola fue más que suficiente. Lo llaman *educación*, pero yo sé cuáles son los verdaderos nombres de la enseñanza que nos están dando: extorsión y chantaje.

No. La explicación es muy sencilla. A donde iba yo todas las mañanas del mes de julio en Madrid era

al curso de verano de coro. Sí, a la Escuela de Música Creativa, a cantar. Pura vocación: nadie me obligaba.

Al principio sí me obligaban. Empecé a ir a coro rebotada de otras actividades: ballet clásico, fútbol, pintura, baloncesto y sobre todo teatro... Todas las horribles asignaturas del horrible mundo de extraescolares en el que los padres nos obligaban a perdernos cuando éramos pequeñas para librarse de nosotras el mayor tiempo posible.

Y no contentos con eso, se empeñaban luego en que hiciéramos el ridículo en algún escenario un par de veces al año, durante actuaciones navideñas o de fin de curso, mientras ellos reían a carcajadas en sus butacas.

Si me quedé en coro, y luego me enganché y me metí en la escuela, fue gracias a una buena profesora de canto. Cuando di la primera clase con ella y me negué a cantar sola averiguó que algo raro me había pasado en teatro y, después de hablar conmigo sin agobiarme, les hizo el diagnóstico a mis padres:

—La niña tiene miedo escénico. Por eso no quiere hacer extraescolares. Y la mejor forma de que se cure es no obligarla a actuar. Hay que dejarla en paz. Que ensaye, pero que no actúe durante un tiempo. Eso lo primero. Ya buscaremos la solución más adelante.

Y bueno, con ella me quedé, y la seguí hasta la escuela, donde ahora continúo con mi aprendizaje de cantante.

—Cuando quieras, empezamos a curarte el miedo escénico —me dice todos los años.

—El año próximo, mejor —le respondo yo siempre.

No quiero curarme. Ni falta que me hace.

Por ejemplo, para grabar mis vídeos en casa, delante del ordenador, no me molesta en absoluto el miedo escénico. Estoy sola con la cámara, no hay escenario, no hay miedo escénico. Sin problema.

Y cantar me gusta, pero hacerlo en público me espanta, así que cuando hay actuación del coro simplemente no voy. Tema solucionado.

En fin, como coincide que todas las chicas del coro somos *directioners*, incluidas las más mayores, a las que hemos contagiado, habíamos acordado quedarnos aquel día al acabar la clase para preparar enormes cantidades de banderas de distintos tipos, como estabais haciendo tantas de vosotras en diversos sitios de Madrid: las banderas que, dependiendo de la zona del estadio en la que fuéramos a sentarnos, había que llevar. Banderas de Irlanda, por Niall, para las que estábamos a la derecha del escenario. Banderas de Inglaterra, por el resto, para las que estaban a la izquierda del escenario. Banderas de España para las de la pista.

Sí: un concierto de Guandi es algo que hay que preparar muy bien. A las *directioners* nos preocupa que los chicos sean felices, y para eso tienen que estar a gusto cuando cantan.

Y para hacer las banderas eran los botes de pintura de distintos colores que mi madre tan amablemente nos había cedido y llevaba yo en la bolsa más elegante que había encontrado.

Recuerdo que aquel día había elegido para escuchar, de camino a la escuela, la canción más potente de Guandi.

Una que habla de una chica cualquiera pero con sus cosas especiales, como yo, que les roba a los cinco el corazón saltándose todo tipo de vigilancias y luego no se lo devuelve ni aunque ellos se lo pidan. Ni borracha os devuelvo yo el corazón, les viene a decir, como haría yo misma. ¡Es mío!

Iba hechizada con la canción a tope en los cascos del móvil, cuando saltó el primer aviso con mi propia voz, grabada en mi rol de azafata de congresos:

Son las diez de la mañana, Miss Lucy.

Faltan nueve horas para el concierto.

Con una *app* que te deja grabar de alarma lo que quieras, me había puesto un aviso a cada hora en punto, para ir sintiendo cómo se acercaba el momento. Sin perder un segundo, lancé la información en un wasap a todas las *directioners* del mundo. Qué harían sin mí.

Solo 9 horas para el concierto ;)

La mayoría estaba durmiendo todavía, porque solo me contestaron desde el grupo de las que llevaban semanas acampadas junto a las puertas del estadio Vicente Calderón:

Yuju, Luchi, ¡esto está cada vez más lleno!

Y otra:

Nos han despertado con la noticia de que ¡¡¡Liam va a pasarse esta mañana para darnos ánimo!!!

Llevaban allí varias semanas guardando cola, a la espera de que abrieran, para pasar las primeras al concierto. Yo no había llegado a ser tan friki como ellas, aunque tuve la tentación. Pero mi entrada era, por desgracia, de asiento, numerada. Las instrucciones de mi madre a mi padre habían anulado las mías, lo que me impedía acercarme lo suficiente a los chicos por muy pronto que entrara.

Así que me conformaba con hacerles a mis amigas una visita al campamento *directioner* de vez en cuando, al atardecer, llevándoles coca-cola, patatas y algo de ánimo.

Parecían como esos delfines de mirada triste que el mar, enfadado, arroja a la playa de vez en cuando.

¿Alguien tiene idea del hotel en que están? Me gustaría ir a chillar un poco a la puerta.

Lo decía para darles envidia, más que nada. El mismo día del concierto no iban a ser capaces de abandonar la cola ni para hacer pis.

Vete al Eurostar y que tengas suerte.

Cuando vinieron al Take me Home Tour estaban allí.

¡Tú eras muy pequeña! xdd

Ya iba a llegar a la escuela y aún seguíamos con la movida del hotel. Venían informaciones contradictorias. Que si:

Están en el Palace.

Que si:

Se han quedado a dormir en Barcelona.

Que si:

Harry está en Barcelona, Liam y Zayn en el Palace, y Louis y Niall en el Eurostar.

Ya os podéis imaginar la cara que se me quedó. Solo puse:

Lol?

En esas andaba cuando me di cuenta de que alguien me seguía. Tengo superpoderes con los mos-

cones y todo tipo de petardos. Siempre hay uno rondándome, pero mi GPS mental lo caza en tres segundos. Entonces hice uno de mis gestos espantaplastas preferidos: me di la vuelta caminando hacia atrás para mirar de frente al perseguidor. Los dejó secos en el acto.

Y ahí estaba, efectivamente.

Pero esta vez no me salió nada bien. *Oh, my God!*, me dije.

Casi me caigo de culo.

Me esperaba al típico pringado y lo que me encontré fue muy distinto. Una especie de extraterrestre. Tenía por lo menos veinte años. El flequillazo le asomaba de la gorra de visera, sin llegar a taparle uno de los ojos. Llevaba la capucha de la sudadera negra puesta encima de la gorra, con aquellos ojos del color de la miel brillándole en la penumbra de la cara. ¡Y la perilla! Una cortina mínima a lo largo de la barbilla. Era alto y de andar descuidado, a puras zancadas de sus pantalones de pitillo color verde pistacho. Pero se veía a diez mil kilómetros que estaba petado: por donde asomaba la camiseta, se le marcaba la *tablet*.

Al ver la cara que se me había quedado, me guiñó un ojo. Me volví a dar la vuelta, del corte que me dio. No quería que disfrutase con la sonrisa descontrolada en que me deshacía.

Y la verdad es que me volví justo a tiempo. Casi me estrello con Pol, que se estaba levantando del banco en el que me esperaba todas las mañanas.